

Sonata para un iniciado

É I SE LLAMA O dice llamarse mister Karson. Paul Karson para quienes no lo conocen de cerca ni de lejos. Afirma, entre otras cosas, ser un hombre dichoso desde que una madrugada despertó en su tálamo de sábanas de seda y colchón circular tocado por una luz que trastrocó su vida y la de la enviada, Mata Hari, la espía de tantos enredos en una de las guerras mundiales. Durante los primeros meses —época de inauguración de sus dones— mister Karson estuvo al margen de ciertos placeres terrenales que hoy prefiere

obviar ante toda queja; piensa que salió de esas abstinencias con pausa, conforme el sol descubría para sus ojos las maravillas que antes, ocupado por consolidar su fortuna (Karson es hombre de negocios exitosos), había postergado.

El retorno se dio a través de la reencarnación palpable de Mata Hari. Fue un retorno triunfal, tan sorprendente que, cuando el sol de ese viernes se extinguió, mister Karson se dio cuenta de que el don que le había sido otorgado o revelado, a la vez, era una cuenta

regresiva, por lo que debía manejarlo con suma cautela, sobre todo para evitar quedar preso del otro lado de la realidad, quizás el de las tinieblas del que retornar no sería nada fácil.

Mister Karson está contento con el comportamiento de sus dones, claro que no todos los días se encuentra con Mata Haris en la calle o en esos cafés de la Plaza del Teatro en los que no hay otro tema de conversación que no sea la suerte del país en manos de un gobierno de desalmados. Pero él gusta de esos lugares porque ahí puede contactarse con mujeres que le permiten vincularse con lo que el día le oculta a pesar de mostrarle todo. Con dones como los que posee, mister Karson está seguro de hacer lo que le viene en gana. Es consciente de que al inicio tuvo que cometer algunos errores, sobre todo porque durante ese período no tenía otra arma para combatir el aburrimiento que la de observar la vida de los otros, que

de pronto fue como asistir a un exterminio parsimonioso de los vestigios de lo que hasta hace poco era su país, este en el que nunca ha dejado de reconocerse como un forastero, razón por la que decidió mudar su nombre original por el de Paul Karson. Se

queja de la ciudad en la que la gente estira la mano a cualquier paseante sin ponerse a la defensiva; tiempo en el que mister Karson no sabía si sonreír por no estar en la lista de esos condenados a los cam-

pos de muerte o fungir de vampiro al revés; vampiro que supo atacar mientras los demás se dormían o ahogaban los muertos de la soledad en algún burdel disfrazado de sala de masajes. De pronto, mister Karson se sabe un escogido del cielo, premiado cuando menos lo pensó, ni siquiera se siente merecedor de un espaldarazo como el que recibió



cuando estuvo a punto de abandonar la ciudad para dedicarse a recorrer el mundo. Mister Karson no sabe explicarse cómo es que una madrugada despertó en medio de su cama inundado de sudores y emanando esa luz tan fuerte, tan intensa, que lo primero que se le cruzó por la cabeza fue que era un ángel que se le anunciaba. Pero sucede que ese despertar cayó en plena madrugada, entre sombras, cuando la ciudad dormía y desde algún lado le venían los insultos de unos beodos que le pisoteaban el sueño.

El período de prueba concluyó, lo hemos dicho, cuando mister Karson se encontró con la reencarnación de Mata Hari en uno de esos jardines inundados de niños ciegos y desnudos; piensa que la mujer cumplía una misión encomendada por quien le envió los dones para que viera, probara y consumiera lo que más de una vez postergó. No duda que los dones, si no lo transfiguraron por completo, lo han hecho en parte. Cree que es así porque antes de tenerlos fue dueño de un talante poco ejemplar, cargado de verrugas que se reproducían como lunares que

en ningún lugar del mundo existió médico o fórmula alguna para eliminárselos. Sabía que podía superarlos con una intervención quirúrgica, pero se empeñaba en llevar la contra porque no tenía a mano razones para arrastrar una máscara cuando antes había heredado un rostro, por lo que decidió, como alternativa, incursionar en los negocios y levantar una fortuna que le permitiera adquirir todo, incluso una mujer, no necesariamente hermosa, pero sí saturada de miel y dispuesta a permanecer en la cama y hacer lo que él dispusiera todos los días del año. Plan que al chocar con la realidad le demostró que nunca llegaría a contar con la sonrisa limpia y fresca como la lluvia de una mujer como las de quienes (mister Karson los envidia) no se las merecen. Consiguió superarlo siendo indiferente, pero no dio resultado; tenía que ir cada vez más allá, incluso pisoteando lo que en su momento tuvo un aura sagrada; nos referimos a los amigos que en la guerra de los negocios, no cuentan, sobre todo cuando ellos poseen los rostros perfectos y las mujeres que ni Marlon Brando pudo pedir para él, mientras que

mister Karson tenía que llenarse la cabeza con ideas, planes, proyectos para engordar una fortuna que puso a buen recaudo cuando su olfato felino le sugirió que la economía del país tocaba fondo.

Dijimos que mister Karson era hombre de negocios, que supo armar y amarrar acuerdos sin necesidad de cometer las tropelías que dejaron muy mal parado a sus colegas (culpables de que sobrevivan los Raskólnikov y sus hacas por montones), sobre todo a los incautos. Desde luego que mister Karson hizo lo posible por no mancharse más de lo indeseable, al fin de cuentas (Karson lo sabe) en la guerra como en el amor las cosas son parecidas. Cree que el cielo se acordó de él y le envió esos dones que le han permitido, entre otras cosas, disfrutar de licencias y privilegios con los que todo mortal sueña. Mister conoce de algunos –la lista es enorme– que invierten y han invertido sumas descomunales con tal de conseguir lo que a él le vino sin haberlo pedido. No es que se autoconsuele pensando que se trata de una bendición o un milagro, sí cree que es un regalo por sus ac-

ciones buenas (ha contribuido con varias organizaciones de beneficencia y un tradicional equipo de fútbol de la ciudad, lo que ha posibilitado que su fotografía aparezca en varios periódicos y revistas especializadas). Karson sabe, también, que nadie podrá acusarlo de no haber compartido con el prójimo lo que el destino, la suerte y el sentido común le han permitido poseer, nadie; quizás el cielo, o quien esté allá arriba han sabido valorar a plenitud esas acciones por las que recibir los dones que recibió fue justo. Mister Karson recuerda que hasta Jesús supo aquilatar la destreza de los mercaderes cuando habla en la parábola del patrón que encarga (¿o presta?) unas cuantas monedas a varios hombres. Karson piensa que es posible que todo obedezca a un error, que el cielo se haya equivocado; claro no faltarán quienes supongan –se consuela– y determinen que lo que posee o experimenta es uno de esos males de los tiempos que corren, que según Nostradamus pronto serán ruinas.

Es probable que así sea. Al comienzo mister Karson no lo des-

cartó, hasta llegó a suponer – antes del encuentro con Mata Hari– que todo era un mal sueño, una prolongación de esas pesadillas que lo asaltaron cuando corrió el rumor de que una crisis brutal amenazaba con reeditar el fantasma de la gran depresión norteamericana que a muchos convirtió en dementes, pero gracias a las maniobras de rigor (Karson sabe que no puede hacer negocios al margen de la política) salió del pozo antes que otros; de ese túnel en que volvió a verse desnudo, demasiado íngrimo cuando el rato menos pensado descubrió que por las noches su piel, todo el cuerpo, despedía esa fosforescencia que desde entonces le impide circular por las calles o al menos cerrar los ojos por unos minutos como lo hace cualquier mortal.

En cierto momento pensó que se trataba de una maldición y no de un don. Supo que era un don cuando pasó el tiempo de adaptación y asimilación de su nuevo estado en el que suponer que era víctima de una enfermedad incurable quedó descartado cuando se enteró que el día era la pecera en

la que podía nadar con libertad, haciendo uso de todos sus dones que entre otras opciones le daban la de adquirir el rostro de la mujer que siempre había deseado, por eso no podía dejar de reconocer que ese primer encuentro con Mata Hari le sirvió para romper los hilos y cadenas de un pasado al que rendirle tributo como santo no servía de nada; además poseía una fortuna lo suficientemente sólida (la tiene a buen recaudo fuera del país) como para no quejarse de la vida, aunque a veces no ha dejado de perturbarle el hecho de que en otros lados todo se acercaba al abismo.

Dijimos que lo más lamentable es que, con sus dones, mister Karson no puede conseguir hacerse de un horario para reposar: ahí no tiene tregua, durante la noche debe contemplar, desde lejos, el sueño de los mortales que en la ciudad son un ejército de derrotados, gentes que no lograron superar los barrotes de una memoria que los azota y condena. En el día los espejos le dan a Karson el rostro que quiere, así lo han contemplado las mujeres (todas con el nombre de Mata Hari) con las que

ha logrado entenderse con cierto éxito. Nunca sospechó que las horas de un día productivo pudieran servir para algo, incluso para explorar las manías y recovecos del deseo que durante mucho tiempo fue un recuerdo que ahora no para de invadirlo, de colmarlo sin llegar jamás al hastío. Poseer dones –sostiene mister Karson– como los que le han sido regalados, me han permitido pensar en determinadas desventajas, una de esas carecer de la torpeza innata de los mortales para abordar a una hembra. Karson fuma Kent para sentirse dentro del mundo, lamenta que otros no intenten reinventar algo que huela, que les haga palpar que corre sangre por sus venas, que el viento es una música que puede rasgarles la piel, o que esa mujer que persiguen el rato menos pensado les recordará que son un caso perdido. Desventajas que los dones (Karson lo ve con soberbia) anulan de un plumazo, porque cualquier mujer al verse en esos ojos firma su sentencia, pues una vez que descubren la fosforescencia superando la oscuridad, se sienten bañadas de sudores, delirios que no las perturban hasta no lle-

gar a la entrega de su alma que Karson debe recoger sin saber quién ni cómo lo conducen hacia ese oasis sin fin; después de haber compartido la cama, las pobres (lo dice sin falsas lamentaciones) ya no son las que recogió en el parque o las calles por las que suele caminar preguntándose dónde fue a parar lo que la vida, en su momento, le arrebató. ¿Dónde?

No son ni pueden serlo por una simple razón. El poder de los dones de mister Karson es tal que ellas no consiguen olvidar ni tienen cómo defenderse de su influencia, de esa sensación de que todo está por comenzar. A veces piensa que las noches del hombre que buscaba sin contemplaciones acumular una fortuna tenían su encanto, al menos Karson podía asomarse a la ventana con un ron entre manos a contemplar la luna sobre los collados, mirar galopar la lluvia sobre los tejados, salir a vagar por esos bares en los que se encontraba con viejos aprendices de guerrilleros que hablaban de la revolución como una religión partida, actores que discutían con boxeadores caídos de todas las

lonas, de pronto enrolarse con una extranjera que lo veía como un semental que buscaba sus tarjetas de crédito. Extraño a ese hombre y su nocturnidad –dice mister Karson nostálgico–, sobre todo porque podía pasar como otro más de los que no saben qué hacer con su desdicha, la búsqueda de razones que de pronto ni el ron ni los cuerpos llenaron, más bien lo agotaban hasta dejarlo a solas con su imagen, las ganas de contar que era un hombre de negocios al que todo empezaba a olerle mal porque no solo en Dinamarca la cosa estaba podrida, todo este paisito estaba descompuesto, y Karson sabía que lo que se venía era como para pegarse un tiro; pero tenía que ponerse a salvo antes de hora, al menos buscaría cómo escapar de este infierno, mudar de rostro, tener la compañía deseada que desde luego no era una Mata Hari exacta, pero sí alguien que se le parecía.

Karson extraña a ese hombre, al que ahora disfruta de unos dones que le han permitido transferir su memoria. Ni siquiera le afecta lo que sucederá mañana en las ca-

lles, amén de que pueda resucitar a cuanta Mata Hari se le cruce por sus sueños, siempre y cuando no sea por la noche, porque simplemente en la penumbra es un cuerpo que flota, que no puede abandonar su celda, este cuarto gélido entrampado en una opulencia excesiva, saturado de fosforescencias que Karson debe tener el cuidado de que otros ojos no descubran (podría ser su ruina), especialmente porque no cuenta con los argumentos para explicar semejantes diferencias –trata de justificarse–, lo que provocará que lo miren (el poder, la concentración de luz en su cuerpo crece, cada vez es más luminoso, divino) como a una de esas criaturas de otros mundos que el gobierno y la iglesia (están buscando con urgencia nuevos milagros) querrían preservar para lavar los pecados de tanto impío, que nunca faltan a la misa de domingo. Karson no piensa en los que han buscado –sin tregua– poseer tantas maravillas, mientras que lo único que él anheló en esta vida fue derrochar una fortuna con la mujer que pudiera sorprenderlo (mejor si fuera Mata Hari) diciendo esas palabras por las que hoy mister Karson (co-

nocido en ciertos ámbitos de la burocracia como Juan José Sangurima) es capaz de convertirse en un improbable asesino con tal de oírlas pronunciar sutilmente, sin apuro, despilfarrando esa coquetería de Marilyn Monroe en esas películas que siempre lo hechizaron, en medio de ese sol que

hacia mucho no había sentido caer a lo largo y ancho de todo su cuerpo.

(Quito/mayo/1999-agosto/2004)

(De Catálogo de ilusiones, Buenos Aires, Final Abierto, 2010)

* **Raúl Serrano Sánchez.** (Arenillas, El Oro, 1962). Estudió comunicación social en la Universidad Central del Ecuador; Literatura Hispanoamericana en el Programa de Maestría de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Forma parte del Consejo Asesor de las revistas *Anales* de la Universidad Central y del Comité Editorial de Pie de página de la UA y *PixeLetras*, de la ESPOL. Es Editor de *Kipus: revista andina de letras y estudios culturales*. Ha publicado varios libros de cuentos, una novela, algunos ensayos de crítica literaria y diversas antologías temáticas. Actualmente forma parte del Área de Letras y Estudios Culturales de la UASB.